

Insumergible

Sofía Sanabria



Capítulo 1

Ocho meses pasaron desde que, con la vista fijada en mi sueño, había quedado para el puesto de cadete en el diario del pueblo. Ocho meses de ninguneos, burlas, traspasos, horas extra (no pagas). Ocho meses de servirle café y hacerle los mandados a quienes se reían de mí a mis espaldas, y de frente también. Me detestaban porque yo no estaba lleno de veneno como ellos. Pero seguía adelante, lo que me impulsaba era la ingenua creencia de que algún día mis jefes notarían mi potencial como periodista y me asignarían aunque sea la sección del clima. Ingenua, sí, pero cierta. Quizás no en el criterio que llevó a mi jefe a darme la columna, pero considero que eso es una nimiedad.

-Pibe, cuando termines con el café vení a mi despacho.

Al cabo de unos minutos me encontraba hecho una bola de nervios atrás de la puerta de su oficina. Mi mente me había convencido de que las palabras que mi superior estaba por pronunciar me dejarían de patitas en la calle. Tampoco es que a mi mente le fuese muy difícil hacerme creer este tipo de cosas. Tomé una profunda bocanada de aire, y entré.

-Pensé que nunca ibas a tomar el coraje de entrar.

-Disculpe, no sabía que se había dado cuenta.

-¿Darme cuenta? Tus temblores me sacudieron todo el escritorio. Sentate por favor que me molesta que estés como un cachorro mojado ahí parado -me ordenó Carlos Peralta, cabecilla del diario Gaceta Viva-. Mirá, te llamé porque ¿ubicás a Pablito Rodriguez?

-Sí, por supuesto el encargado de la sección turismo -contesté asustado cual perro callejero al que querés acariciar y se encoje por costumbre pensando que estas por golpearlo.

-Exacto, ese. Bueno, el desgraciado se quebró la pierna izquierda durante el fin de semana haciendo no sé qué arreglo en la casa, así que está inválido por un largo tiempo, y no va a poder cubrir la nota sobre las cataratas -se pausó para darle un sorbo al café que le había servido hace un rato-, y mirá, como plata para contratar a otro no tengo, decidí que te voy a mandar a vos. Si te va bien, vemos si te puedo meter en alguna sección.

Tuve que morderme la lengua para que no se me escaparan los lagrimones. Traspasé la puerta con una emoción que no sabía que era capaz de experimentar. Estaba a un simple artículo de llegar a mi meta. Desde que a los diez años decidí que esa sería mi vocación después de leer a escondidas el diario de mi abuelo, me había estado preparando para este momento. Pero de un segundo a otro, ese "simple artículo" se hizo más y más grande, hasta aplastarme. Toda esa seguridad se borró. La última frase de Carlos estaba haciéndome eco en la cabeza: "Si lo arruinás, quedás afuera. Tenés una oportunidad única." Una oportunidad única. Si no, afuera. Recuerdo pensar: "¿Y si no tengo la capacidad de hacerlo? Mi experiencia en el campo es nula... y este tipo me empujó de golpe, sin previo aviso a cubrir la atracción del momento. Si lo echo a perder...chau, para siempre." Podía sentir el peso de todo mi futuro caer

sobre mis hombros. Pero no iba a dar el brazo a torcer, tampoco tenía mucha opción.

Cinco días después estaba recién llegado en el aeropuerto de Iguazú. Fue un gran paso para un chico que nunca había traspasado los límites de su pueblito.

Una semana entera, toda paga, en el paraíso que estaba en boca de todos, luego de haber sido nombrado patrimonio natural de la humanidad. Pero sabía que no podía relajarme porque mi carrera soñada dependía de esto, y también sabía que tendría que enfrentarme a nuevos desafíos. Para ser honesto, siempre fui consciente de que en realidad nunca había vivido muchas cosas. Aun así, me encontraba incapaz de quitarme la sonrisa de la cara en el camino hasta la cabaña.

“¿Habré muerto y ahora estoy en el cielo? ¿O será que todo esto es producto de una cruel cámara oculta?” Eran algunas de las teorías conspirativas que se me cruzaban por la cabeza al quedar boquiabierto frente a la maravilla natural. Mientras una señora me dirigía hasta la cabaña donde me hospedaría dentro del parque, pensaba que nunca en la vida había visto tal gama de colores. De hecho, hasta creía que no existían tantas variaciones. Creencia muy común dentro del pueblo monocromático en el que estuve atrapado desde que nací, donde el color más jugado es el marrón de alguna que otra baldosa. Me recosté en la cama, cerré los ojos, respiré y por primera vez en mucho tiempo sentí cosquillas en el pecho.

Luego de acomodarme, agarré lápiz y papel y salí a hacer mi trabajo. Caminaba por aquellos caminitos que limitaban con nada más y nada menos que la selva. Caminaba y anotaba descripciones sueltas. Era una tarde soleada y hacía bastante calor. Pasaban iguanas y coatíes en frente mío y nadie se inmutaba, como si fuese de lo más cotidiano.

Obnubilado por la majestuosidad de aquellas imponentes caídas de agua, tomaba nota de todo lo que veía, oía, sentía.

Luego de un par de horas caminando, noté que prácticamente no había recorrido nada, pero estaba casando, así que decidí sentarme para empezar a conectar las ideas sueltas en la agenda. Pero cerré los ojos, y me dejé llevar por aquel perfume silvestre, por el rocío golpeándome la cara, por aquellos cantos de ave. Nunca había escuchado un sonido tan hermoso como el canto de, lo que más tarde me enteré, era un jilguero dorado. Por un momento creí que estaba flotando, pero sentí un sacudón en el hombro y abrí los ojos de repente.

-Señor, estamos por cerrar la reserva, voy a tener que pedirle que se retire -era un guardaparques.

-¿Cerrar? Pero ¿Cómo? ¿Qué hora es?

-Son las siete y media señor. Pasé varias veces en las últimas horas y lo vi acá sentado, pero estaba tan tranquilo que no quise molestarlo, vio. Pero ahora voy a necesitar que se vaya de las instalaciones. Usted es el último.

-Sí, disculpame. Perdí la noción del tiempo -dije mientras me costaba pararme-. Yo me estoy quedando en las cabañas de la reserva ¿Tenés idea cómo llegar desde acá?

-¿Usted es el periodista que vino a entrevistarnos no? Mi nombre es Cristian, un gusto-me apretó la mano con tanta emoción que me hizo sonar un par de dedos.

-Así es, Luciano Sierra. Un gusto. Me acompañó hasta la cabaña y en el trayecto le pregunté cómo se había dado cuenta que yo era el periodista, y su respuesta me sobresaltó: "Fácil, por el lápiz y la libreta. Además, usted era el único que estaba sólo". Esa simple oración quedó graba en mi cabeza, y horas más tarde llegó hasta ocasionarme pesadillas. Pero en el momento, sólo le pedí que me avisara cuando tuviese un momento libre, porque me gustaría hacerle un par de preguntas sobre el parque. Él accedió y me dijo que no tenía problema en hacerme de guía durante la estadía. Luego de despedirlo me fui a dormir. Quedando solos mi cabeza, mis pesadillas, y yo. Al amanecer al día siguiente, noté un pedacito de papel que asomaba por debajo de la puerta escrito con una letra casi ilegible:

"ha'e tan pypuku che tasy
va'ekue intenso ha'e che
jepy'apy nahániri nde vaya
kuera korasõ mombyry che mba'e."

Estaba completamente seguro de que era alguien haciendo una broma, aunque, de lo que deduje era guaraní, no entendía una palabra. Le resté importancia y salí con la grabadora en busca de mi guardaparques personal.

En la entrevista, Cristian mencionó la atracción de los porteños por la mística de ese lugar, y cómo todos maravillados le sacaban fotos a los arcoíris por la popular leyenda. Le pedí si podía ampliar sobre aquello. Me contó que una serpiente gigante que habitaba en lo profundo del río Iguazú, había separado a dos amantes de una comunidad guaraní que navegaban por allí, convirtiéndolos a él en el árbol que está encima de las cataratas, y al cabello de la chica en la caída del agua, y que el relato terminaba diciendo que cada vez que se forma un arcoíris, es porque Tarobá y Naipí unen de nuevo su amor.

Quedé fascinado con aquella historia y me fue difícil pensar en otra cosa durante el día.

Caminaba por los senderos entre monos, ardillas, lagartos, mariposas, mientras temía que mis palabras no fueran capaces de plasmar la magia de aquel lugar.

Los días avanzaban y mi libreta se llenaba día a día de nada más que sensaciones personales que sentía cada vez que traspasaba la puerta para iniciar un nuevo recorrido. Pero siempre me atormentaba la idea de que nada fuera suficiente para complacer al jefe.

Al final de uno de los últimos recorridos habituales mi guía, con quien había entablado mejor relación que con cualquiera de mis compañeros de trabajo, me invitó esa noche a cenar a su cabaña y jugar a las cartas. Durante aquella partida de truco, un poco avergonzado le pregunté si por casualidad sabía guaraní, porque necesitaba ayuda para entender algo. Su respuesta fue positiva, así que del bolsillo saqué el pedacito de papel hecho un bollo. Él me comentó que su guaraní estaba un poco oxidado,

pero que parecía ser escrito por alguien que estaba sufriendo y que le pedía a su amante que nunca más se alejara de él.

Extrañado le conté sobre el origen de ese papelito que había dejado un anónimo.

-Seguro fue algún chiste de los muchachos, no me resultaría raro de creer porque suelen hacerle ese tipo de cosas a los porteños. Aunque nunca los había visto ponerse así de melosos.

Los dos nos reímos y entre embido y quiero retruco, le conté que nunca antes había visitado un lugar con semejante encanto.

Despidiéndonos, Cristian me propuso que el último día hiciera la excursión en gomón como broche de oro, así podía vivir el encanto de las cataratas desde adentro.

La mañana siguiente luego de pensarlo un largo rato, me vestí, agarré lápiz, papel y la grabadora y me dirigí al sector de donde salían los gomones.

Nunca antes había hecho algo así, incluso si mi yo de hace un mes se le hubiese presentado esta oportunidad, jamás hubiese aceptado del terror. Pero yo no era el mismo de hace un mes, o si quiera de hace una semana.

Éramos Cristian, dos parejas y yo en el bote anaranjado. Todo desde el río parecía diez veces más hermoso que desde los senderos de cemento.

Tantos rostros felices desde afuera mirándonos, envidiándonos. Los coatíes corrían de un lado a otro, los tucanes sobrevolaban nuestras cabezas, y pensé que esta debía ser la vista diaria de los protagonistas de aquella trágica leyenda, y un poco de celos sentí. Todo se veía tan brillante que empecé a creer que aquellos siete días habían sido un largo sueño lúcido.

Fue entonces que a lo lejos comencé a oír un sonido proveniente de la caída de agua. Como si las gotas se organizaran para entonar una voz humana. Al principio no lograba entender qué estaba diciendo, pero los demás no parecían escucharla. Me resultaba tan familiar. Era una mujer. Me decía "vení, te estoy esperando". De a poco empecé a tener miedo, pero sentía algo en el pecho, como si esas palabras las hubiese escuchado antes. Esa voz se sentía más cercana a mí que cualquier persona que haya conocido antes. Y me pedía que vaya con ella. Una y otra vez. "Te necesito. Me necesitas. Vení conmigo". No lo pensé más y salté en su búsqueda. El último recuerdo que tengo de mis compañeros de excursión fueron sus rostros horrorizados al ver cómo me llevaba la corriente. Yo ya no tenía miedo, escuchaba los gritos, pero ya no me importaban.

Entre las cascadas empecé a divisar una figura femenina. Después un fuerte golpe, y todo se volvió negro. Cuando volví en mí, ya no estaba sin aire, ya no me costaba luchar contra el río. Todo estaba calmo, mi cabeza estaba calma. Pero eso tuvo un costo. Mis pies ya no eran pies. Mis manos ya no estaban. Sólo podía ver al final de mi cuerpo una cola marrón. Me di cuenta de que me pertenecía. Quise entrar en pánico pero algo en mí no me lo permitió. Sólo vi flotar encima de mí la grabadora que había comprado exclusivamente para este viaje. Empecé a nadar alrededor de

ella, esperando que alguien, algún día, contara la historia de mi estadía en aquel atrapante lugar. La historia que yo jamás podré narrar.